

Las cosas raras de Haruki Murakami

Por Carlos Roberto Morán

“Escribo cosas muy raras”, le decía Haruki Murakami a Juana Libedinsky de “La Nación”, de Buenos Aires, [en uno de los escasos reportajes que ha concedido](#). Esas “cosas raras” que escribe tienen muy dividida a la crítica, porque mientras muchos alaban su tórrida imaginación, los mundos oníricos que plantea, que lo vinculan con el orbe del director de cine David Lynch y lo colocan en un altar un tanto discutible, otros sostienen que este autor elabora misterios que no ofrecen explicaciones porque “su prosa no alcanza”.

Así lo afirmó la argentina Eugenia Zicavo, al comentar su novela más alabada, *Kafka en la orilla* (Tusquets, 2006) no concediéndole valor alguno. A nosotros nos decepcionó. La nota de Zicavo apareció en “Perfil” de Buenos Aires el 31 de diciembre de 2006, pero no se la ubica en Internet.

Aunque el propio autor considera que el cuento no es su fuerte, dado que interpreta que él es fundamentalmente un novelista, a nuestro entender es en el relato corto donde su narrativa onírica, poco o nada realista, logra expresarse con mayor claridad y riqueza. Esas cualidades quedan en evidencia, precisamente en *Sauce ciego, mujer dormida*, en el que se han incluido cuentos escritos entre comienzos de la década de 1980 y 2005.

Murakami (Kyoto, Japón, 1949) llegó “tarde” a la narrativa, casi por casualidad, luego de haberse dedicado a atender bares y a volverse un fanático de jazz que nunca se transformó en músico. “Estaba en un partido de baseball en Tokio, cerveza en mano, y al mirar al bateador pegarle a la pelota en una jugada clave y luego de correr hasta la seguridad de la segunda base, me pasó por la cabeza la idea de que yo podía ser escritor”, le cuenta a Libedinsky. Más adelante admite que aún ahora, luego de haberse transformado en un escritor profesional, frente al teclado de la computadora piensa que está ante el teclado de un piano y que compone música.

Es obviamente difícil (más bien imposible) saber cómo escribe Murakami en japonés para quien no domina ese idioma, aunque las traducciones que se conocen en castellano se han tomado directamente del nipón, vale decir que no ha existido la riesgosa “intermediación” de una tercera lengua. Se sabe, no obstante, que su prosa es límpida y que escribe con muchísima influencia del inglés-norteamericano, que no es sólo su segundo idioma sino que fue el que utilizó para escribir sus primeras ficciones.

GRUPO A



Tertulias Literarias

El jazz, la cultura occidental, la literatura de esta parte del mundo, el orbe pop, la cultura de masas, “informan” a la narrativa de Murakami, tanto que despierta no pocas sospechas y rechazos en su país natal donde, por otra parte, se lo liga a otro autor, en este caso autora, “Banana” Yoshimoto, una escritora que comenzó como una verdadera outsider con su pequeña gran novela *Kitchen*.

Hay ligazones, porque en sus textos “Banana” habla de un mundo poblado de fantasmas reales o posibles y que son – precisamente- los que cada tanto aparecen en los cuentos de Murakami. Aunque, aclaremos, no se trata en su caso de fantasmas habitantes de historias góticas, sino seres presuntos que están acompañando al ser humano para llevarlo hacia sitios y/o situaciones inhabituales.

Uno de los hallazgos narrativos del primer Murakami es el cuento “*La tía pobre*”, escrito en los comienzos de los 80. En el relato, un escritor en ciernes imagina que carga sobre sus espaldas a una tía pobre. “En todas las bodas hay una tía pobre – escribe Murakami- apenas se la presentan a la gente, apenas si conversan con ella”. Cuando él carga con la tía pobre nadie quiere acercársele porque esa mujer, ese “fantasma”, genera los peores recuerdos o, sencillamente, deprime. Esa “tía pobre” no resulta una buena moneda de cambio en un Japón que crece, que muta, que vive a mil, donde cada quien busca el éxito y el sempiterno ascenso social. En el espejo que supone la tía pobre Murakami logra mostrar el rostro de un país arrojado a la carrera del consumo y de los logros individuales.



El libro reúne 24 cuentos y por lo tanto otros tantos registros, de resolución dispar. “*Empiezo a escribir sin ninguna estructura, apenas con alguna imagen o una serie de personajes que me interesan*”, ha señalado el escritor. También que los cuentos le resultan un laboratorio experimental para sus novelas. Así no puede sorprender que varios de ellos hayan servido de base precisamente para sus textos más conocidos.

Lo que busca Murakami es lo distinto, las inquietantes zonas oscuras de la vida. Como ejemplo de lo que a él mismo le tocó vivir cuenta dos anécdotas. En una de ellas un intérprete de

jazz, en una sesión a la que el autor asistió, terminó tocando dos piezas más que infrecuentes y que Murakami deseaba intensamente escuchar (aunque nada había dicho al respecto), En la segunda oportunidad en un local de discos viejos encontró una pieza también poco conocida que llevaba el nombre de 4 menos 10. Al salir de la disquería alguien le pidió la hora. Puntual: eran las 4 menos 10...

Los accidentes cortazarianos. Esos “accidentes”, las resonancias del azar, eran muy buscados por Julio Cortázar en la vida de todos los días y el argentino decía que los encontraba con cierta facilidad. Y con reiterada felicidad las supo volcar en sus cuentos. Es evidente que a Murakami le cuesta más, sus textos se alargan muchas veces sin necesidades internas y otras –como en el caso extremo de “*El mono de Shinagawa*”- llega a lesionar el verosímil.

Pero, en general, en esta amplia selección de sus relatos, la idea de contar “cosas raras” (“*soy incapaz de sentir interés en novelas que no causen desconcierto a los lectores*”), es decir la de narrar lo inusual de la vida, lo lleva a momentos de gran calidad narrativa (en el cuento que da título al libro) y en otros a gestar válidas atmósferas o a hablar de situaciones en la que lo extraño se da cita.

Otra constante tiene que ver con la soledad. En efecto, la mayoría de sus personajes son seres que viven “en solitario” en la gran ciudad y quienes con grandes dificultades logran establecer algún tipo de contacto con el otro, ese otro que parece estar aguardándolo para llevarlo o acercarlo a la dimensión desconocida.

GRUPO A



Para quien guste del mundo de Murakami seguro que con *Sauce ciego, mujer dormida* no saldrá defraudado. Y para aquellos que mantienen distancias o cuestionamientos con su obra nos parece que vale la pena recorrer estas páginas, en muchas de las cuales el escritor japonés da lo mejor de sí.

La travesía del surfista. En torno a Haruki Murakami

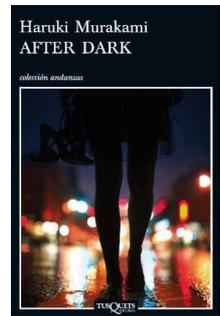
Por Víctor Hugo Vásquez Rentería

...para mí escribir novelas es un reto,
escribir cuentos es un placer.

H.M.

The Portable Murakami

En los últimos dos años, Haruki Murakami ha publicado tres volúmenes narrativos: uno, inusual para el grueso de sus lectores: *Sauce ciego, mujer dormida*, integrado por 24 cuentos; así como dos novelas, *After Dark* y *El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas*. Asimismo, un dato extra que el prosélito del autor japonés no ignorará es la aparición, primero en Inglaterra y, un año después, en 2009, en EEUU, de un libro de título carveriano, nutrido por la crónica, el diario, las memorias y el ensayo: **What do I Talk about When I Talk about Running*.



Si bien los cuatro volúmenes pueden ser identificados con esa sensibilidad de nombre Haruki Murakami –las novelas continúan la indagación óptica de personajes peculiares insertos en atmósferas enrarecidas–, mientras que *What do I Talk about When I Talk about Running* aborda asuntos como la traducción, el proceso de la escritura, la literatura norteamericana aderezados de cultura popular, etc., es en *Sauce ciego, mujer dormida* donde confluyen las diversas tonalidades y obsesiones que distinguen a este autor.

The Long and Winding Road

Es difícil no acercarse sin cierto recelo a la narrativa breve de un autor cuyas cualidades literarias se conocen a través de novelas que oscilan entre las 250 y las 700 páginas; libros cuyos universos intensos –escasamente cotidianos la mayoría– nacen de extensas descripciones, numerosos y prolongados flujos de conciencia, dilatadas digresiones. La suspicacia se magnifica cuando, desde las primeras páginas, el autor parece seguir fiel a su estética; cuando la sensación más de lo inacabado que de lo ambiguo se hace presente al terminar el segundo relato. Sin embargo, la desconfianza cede y la marea comienza a subir con el tercer relato: en apenas un puñado de páginas, Murakami nos entrega un texto tenso y de expresión ceñida. Quizá por ello la lectura de *Sauce ciego, mujer dormida* se asemeja a la jornada de un surfista en su tabla.

Ya en las novelas que preceden a este libro se encuentran confi gurados buena parte de los asuntos que lo nutren; por ello, el aire de familia –más allá del par de relatos que el propio Murakami reconoce en el “Prólogo” como el germen de dos de sus novelas– se hace evidente historia a historia: el viaje, lo preternatural, la enfermedad, la pareja, la muerte o la naturaleza.

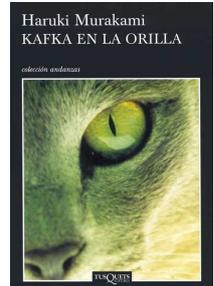
Long Day’s Journey into Night

Por lo menos la tercera parte de los relatos del libro se desarrolla gracias a una travesía que o bien ocurre dentro del mismo texto, o bien antecede al tiempo de la historia que leemos pero influye a ésta de manera definitiva. Varían, cierto, las motivaciones. Por ejemplo, si en novelas como *Sputnik, mi amor* (2007), el viaje fue motivado para indagar el paradero de Sumire, en el relato que el autor señala dio origen a dicho libro, *“Los gatos antropófagos”*, el traslado es igualmente imperioso pero está motivado por el hecho de que tanto el narrador como Izumi –la protagonista femenina– se separan de sus respectivas parejas luego de confesarles a éstas que les han sido infieles. Por ello, la vida ya no es posible en Japón y deciden irse a vivir a una pequeña isla griega.





Como en aquellas líneas de *Paz*, donde una voz poética señala que no sabe si anda a la búsqueda de su destino o si éste es buscar, en la literatura de Murakami, el viaje tiene siempre un telos: el sentido de las cosas, huir, la paz interna, asumir la ansiedad. Así, Watanabe, en *Tokio Blues*. *Norwegian Wood* (2005), realizará periódicos y prolongados viajes para indagar por la precaria salud de Naoko, recorridos de los que saldrá afectado pero a los cuales no podrá renunciar. Es quizá en *Kafka en la orilla* (2006) donde el viaje adquiere su sentido más trascendental, pues el adolescente protagonista lo asume como una condición necesaria para definir su identidad. Algo similar a lo que acontece en el relato “*El séptimo hombre*”, en el cual el narrador deberá regresar cuarenta años después a su pueblo natal a fin de librar una última batalla con uno de los demonios de su pasado. O en “*Cangrejo*”, texto de anécdota y personajes que recuerdan a la *Luna amarga* de Bruckner, a saber, una pareja de jóvenes profesionistas que se van de vacaciones a Singapur tratando de aliviarse del cansancio y atenuar la rutina. Acá, la conclusión del asueto, aderezada con humor, devendrá epifanía.



Invisible Monster

Por lo que toca a lo preternatural, el propio Murakami ha declarado “*Escribo cosas raras, muy raras, que mezclan realidad y fantasía*”, más allá de la terminología para designar la condición de estos parajes e historias, cabe destacar la naturalidad de dimensiones kafkianas con que, en efecto, el autor japonés inserta como cotidiana una realidad que no lo es, sin mayores artificios que, por ejemplo, narrar la repentina desaparición de un personaje, como en el cuento “*En cualquier lugar que parezca que esto puede hallarse*”, así como la conciencia de que aquello ha ocurrido porque se ha cruzado una puerta metafísica, recurso que le permitió al autor japonés darle forma a la más voluminosa y quizá lograda de sus novelas, *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* (2001).

Esto extra-cotidiano, que ha sido utilizado para dar cuenta de la singularidad de Murakami o bien de su carácter posmoderno, acusa más bien reminiscencias góticas y románticas, pues los escenarios misteriosos, la oscuridad que los distingue, la morbidez del inconsciente, así como los sentimientos que suscitan tanto en los personajes como en el lector, si bien los vemos aparecer con frecuencia en la narrativa murakamiana, son recursos cuyo derecho de piso lo pagaron otros, tiempo ha. Lo que sí hace el autor de *Underground* es darle cohesión a su personal tono vertiendo dichas fórmulas de manera estilizada ya si el peligro o lo extraño apenas se sugiere (“*El cuchillo de caza*”), ya si acude al humor (“*Somorgujo*”), ya si combina el relato policiaco con el realismo psicológico (“*El mono de Shinagawa*”), todo lo anterior alternando lo mismo la reflexión profusa, la superposición de anécdotas, la viñeta narrativa.

Tales of Ordinary Madness

Pero si Murakami, por una parte, recurre a los terrenos de lo sobrenatural, también es cierto que en *Sauce ciego, mujer dormida*, aparecen esas historias de fi lia carveriana habitadas por personajes comunes, de vidas –en apariencia– sencillas, que en mucho se asemejan al tedio. “Las cosas que empiezan sin causa acaban sin causa”, señala uno de los inquilinos de este volumen; o bien como declara el narrador de “*Un día perfecto para los canguros*”: “Con ello no pretendo decir nada del otro mundo. Pero, si se me permite postularlo, la vida es así.”



Algunas de dichas existencias son vividas por parejas unidas más por la casualidad que el afecto, por la mansedumbre que la convicción; ya *Al sur de la frontera, al oeste del sol* (2003), ilustró lo frágil de la modesta felicidad que proporciona el matrimonio. Siguiendo este sino funesto, los amantes en *Sauce ciego, mujer dormida* deben asumir que el amor es una condición necesaria pero no suficiente, pues éste lejos de traer la armonía, el conocimiento del otro, deviene separación, infidelidad, extravío –físico, mental–.

Por el carácter soterrador de estas historias, se distinguen dos momentos, no necesariamente centrales. Uno se da en “*Náusea, 1979*”, por la manera celebratoria, gimnástica, de asumir la sexualidad, pues el protagonista se dedica –sin culpas, ni remordimientos– a acostarse con las novias o las esposas de sus amigos. Otro en “*Hanalei Bay*”, cuando Sachi, la protagonista al reflexionar sobre sus amoríos concluye que el hecho de que éstos ocurran con hombres



casados, simplifica la cosas. Personajes que nos llevan a un inquilino típico de las narraciones del autor japonés: el pícaro.

...This is the end

Si bien *Sauce ciego, mujer dormida* inicia con la marea baja y avanza mar adentro, lo cierto es que Murakami (al igual que sus personajes) asume la quietud como una condición inherente a la vida y, por contagio, al cuento: busca el impulso, la tensión. Atisba una primera ola y va a su encuentro, la cabalga. Las historias se van sucediendo así a ritmo de jazz, de música clásica o de un poco de rock. Vuelve a bajar la marea y avanza lento; luego una cresta, dos... y la narración fluye, cobra fuerza. El mundo adquiere forma y consistencia merced a estos relatos que aprehenden lo mismo el fragor del olvido que la persistencia de la memoria; que hallan luz en lo insulso prolongado o bien lo mórbido de ese otro mundo paralelo al cotidiano.

*"Do que estou a falar cando falo de correr" (publicado en galego pola editorial Galaxia no ano 2009)

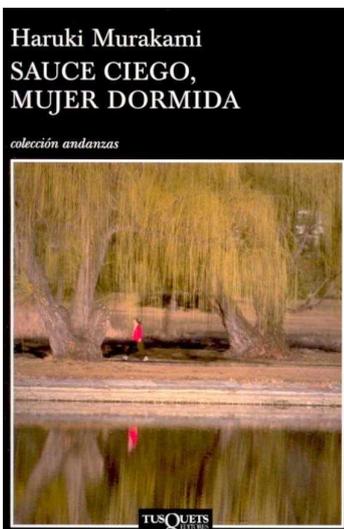
Sauce ciego, mujer dormida

A cada ráfaga se desplaza en el sauce la mariposa.

Matsuo Bashô

Barthes afirmaba que la literatura hacía de la vida un destino, del recuerdo un acto útil y de la duración un tiempo dirigido y significativo.

Y en ese sentido un haikú es el instante congelado en palabras, Octavio Paz lo dijo mejor: es la anulación del tiempo que se sabe tiempo, es decir, nada, pues el tiempo no transcurre, somos nosotros, los hombres, quienes imaginamos ver pasar imágenes, recuerdos inasibles a los que anhelamos denominar de algún modo y los nombramos: tiempo.



Hablo de estos pequeños poemas japoneses porque el libro que hoy les presento fue escrito por un espléndido escritor japonés, tal vez el mejor, apenas atrás de Murasaki Shikibu, Kenzaburo Oé y Banana Yoshimoto: Haruki Murakami, autor de culto entre muchos amantes de la literatura. Este libro, *Sauce ciego, mujer dormida*, es una recopilación de 24 cuentos que guardan bajo sí, una gran parte de la existencia del propio autor. Todos, hay que decirlo, son cuentos extraños, muy extraños, aún para Murakami.

El cuento que abre la antología lleva el mismo nombre del libro y es probablemente el mejor de todos, es un relato magistral de la cotidianeidad fantástica que rodea la existencia. El personaje principal realiza un viaje en autobús hacia el pasado, acompañado por un primo lejano que sufre sordera. Se dirigen a un hospital donde atenderán a su problema del oído. Con asombro, casi con miedo, el personaje presente que todo aquello ya es un recuerdo, sólo la certeza de saber que es un ilusión lo ancla con misericordia a la esperanza de que nada cambiará, que ese instante robado a la imaginación no le pertenece. La literatura, hasta en sus estratos más superficiales, araña con sus filos cualquier tapón que detenga a la memoria.

Testigos inéditos, los personajes de estos cuentos de Murakami contemplan las hordas bárbaras de lo innumerable y en esos breves, indescriptibles instantes, la vida se contempla como si estuviéramos en el fondo del mar, inmóviles, incapaces de nada, flotando, a la deriva, de aquí para allá. En *Sauce ciego, mujer dormida*, no hay resultados previsibles, luego de la lectura del primer cuento no sabemos muy bien que esperar, más allá del asombro por la capacidad magistral de Murakami para decir trivialmente asuntos monumentales: una cicatriz rosada en el pecho nos lleva a buscar recuerdos hondos para explicar nuestro propio dolor; el relato de unas moscas imposibles nos llena de

GRUPO A



desazón, nos hace acordarnos de unos bombones, de cómo nunca podemos presentir las últimas veces de cualquier acto, de cualquier presencia. Asuntos tan simples como las despedidas pasan, por fortuna, casi siempre desapercibidas y se van diluyendo sin más, hasta que un día, de pronto, nos damos cuenta que aquella vez había sido la última vez de tantas y tantas cosas.

Todo el libro recoge las historias erigidas a contraluz entre el sueño y la vigilia. Los personajes son ambiguos en el sentido de que a menudo dudan entre la realidad y los deseos. Muchas veces, curiosamente, eligen la fantasía como la última cifra de una suma de la que ya no llevan cuenta. Ante una existencia opaca y a ratos indescifrable, caótica, con un destino fuera de madre y las manos llenas de sueños rotos o perdidos, los personajes de estos cuentos de Murakami eligen, como muchos de nosotros, una salida de deseos para siempre insatisfechos, aunque sepamos, de antemano, que ya todo está perdido y que aquello que dejamos a un lado del camino, a la manera de cierto Rilke, es un grano más de las inmensas planicies de arena de todas nuestras batallas perdidas.

Fontes:

[Comunidad El País \(25 marzo 2008\)](#)

[Literal: latin american voices: pensamiento, arte y cultura](#)

[Vanguardia \(México\)](#)

Para saber más:

["Lo ominoso en el cuentario Sauce ciego, mujer dormida de Haruki Murakami" por Ruth Cubillo Paniagua](#) (pdf)

[Sobre o libro "Los mundos de Haruki Murakami" de Justo Sotelo.](#)

["Realidad, magia y literatura en Haruki Murakami" por Natalia López Cortés](#) (Esdrújula: revista de filología)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
[Blog](#)

GRUPO A